

CRISIS DE PARADIGMAS

Eduardo N. Mijangos Díaz

Siendo egresado de esta escuela mi intención ha sido orientar la presente reflexión a los alumnos que nos acompañan. El contenido de la misma es de carácter personal y por ello recuerdo que “las observaciones no tienen un valor absoluto... son relativas al punto de vista del observador” (Albert Einstein). Sobra decir que tengo el agrado de compartir la mesa con compañeros historiadores. Empezaré con una anécdota que hace algún tiempo me contó una colega. Es algo que podría parecer trivial pero que, en el fondo, no lo es. La historia dice así:

Un grupo de científicos colocó cinco chimpancés en una jaula, en cuyo centro instalaron una escalera y, sobre ella, un montón de bananas. Cuando un mono subía la escalera para agarrar las bananas, los científicos lanzaban un chorro de agua fría sobre los que quedaban en el suelo. Después de repetir en varias ocasiones el experimento usando el mismo castigo, cuando un mono trataba de subir, los otros lo golpeaban. Pasado algún tiempo ningún mono subía, a pesar de la tentación de las bananas, por temor a recibir una golpiza de sus compañeros. Entonces, los científicos sustituyeron uno de los monos. La primera cosa que hizo el recién llegado fue intentar subir la



Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Correo electrónico: edurmian@yahoo.com.mx

TZINTZUN, Revista de Estudios Históricos, N° 37, enero-junio del 2003.

escalera, siendo violentamente bajado por los otros. Después de algunas palizas, el nuevo integrante ya no subió más. Un segundo mono fue sustituido, y ocurrió lo mismo. El primer sustituto participó con entusiasmo de la paliza al novato. Un tercero fue cambiado, y se repitió el hecho. El cuarto y; finalmente, el último veterano fue remplazado. Los científicos quedaron, entonces, con un grupo de cinco monos que, aún cuando nunca recibieron un baño de agua fría, continuaban golpeando a quien intentase llegar a las bananas. Si fuese posible preguntar a algunos de ellos por qué le pegaban a quien tratara de subir la escalera, probablemente la respuesta sería: “No sé, aquí las cosas siempre se han hecho así...”.

La pregunta, después de leer este episodio, sería: ¿Por qué estamos haciendo las cosas de una manera? ¿Acaso las podemos hacer de otra forma?

El texto menciona, por cierto, una cita atribuida a Albert Einstein: “Es más fácil desintegrar un átomo que un pre-concepto”, ello en alusión al título “Cómo nace un paradigma”. Esta historia la he comentado en alguna ocasión a alumnos y ha suscitado controvertidos comentarios. En efecto, tal parece que en nuestra vida cotidiana, al igual que en nuestro desarrollo intelectual, buscamos modelos, es decir, referentes conceptuales a los cuales acudir para fundamentar nuestra forma de pensar y hacer las cosas.

Nuestra sociedad, jerárquica por naturaleza, también ha fundado ciertos modelos para imbricar el desarrollo de las ciencias, un esquema que a su vez ha reproducido niveles de jerarquización del conocimiento en el que no todos tienen acceso. No es mi interés aludir a un sistema social en el cual la posesión del conocimiento condiciona el ejercicio del “poder” en su sentido más genérico (Foucault), sí en cambio señalar que estas divergencias representan formas de desigualdad que son la base de un orden de dominación. Así, excluidos de la vanguardia del desarrollo del conocimiento y, por ende, del desarrollo científico, países como el nuestro asumen su marginalidad como una condición inmanente de su historia y estigma de su cultura.

Durante las últimas décadas, y quizá desde antes, hemos testificado un desfase cronológico respecto de las vanguardias historiográficas. Las discusiones y las propuestas surgidas de instituciones académicas norteamericanas, inglesas y francesas, principalmente, han llegado -cuando lo han hecho- con un retraso evidente, a veces generacional, a nuestras aulas y espacios académicos. De ahí que, lamentablemente, marxismos dogmáticos, Annales malentendidos, mentalidades incomprendidas y posmodernismos ignorados hayan hecho -o estén haciendo aún- estragos en nuestras escuelas hasta hace algunos años, confundiendo a menudo con ingenuos eclecticismos la voluntad de aprendizaje de los alumnos universitarios. La especificidad suele apreciarse en demasía, y la globalidad se considera un peligro, puesto que su complejidad rebasa el sentido común. Situación que parece no ser exclusiva de nuestro ambiente académico en particular.

En este contexto, la crisis finisecular de la historia -me refiero a la disciplina histórica, por supuesto- la hemos valorado como un proceso ajeno a nuestra realidad. Al menos desde hace veinte años, los debates intelectuales generados en ámbitos internacionales, a pesar de sus profundas implicaciones historiográficas, fueron recibidos con cierto escepticismo y quizá poco impactaron en su momento. En este sentido, los debates y las nuevas propuestas historiográficas, hasta hace poco tiempo, no lograron más que perturbar las conciencias “intelectuales” y, por eso mismo, la actitud consecuente fue desentenderse del problema. Actitud que algún daño causó a más de una generación, ensimismada en aprendizajes propios de los años sesenta, propicios para fomentar potenciales revolucionarios y anarquistas de barrio y poco apta en todo caso para formar opinión crítica fundamentada y transmitir verdaderas propuestas académicas.

No obstante, la situación -me parece- ha ido cambiando en forma paulatina. Los desfases son cada vez menores y los recursos de la comunicación han permitido acrecentar de forma considerable el diálogo y la discusión académica entre los historiadores y los científicos sociales. La investigación histórica se incrementa gradualmente y las universidades parecen sensibilizarse cada vez más de las

humanidades. Al mismo tiempo, el auge de la interdisciplinariedad ha propiciado novísimos estudios con nuevas propuestas teórico metodológicas a la vez que nuevas categorías de análisis. Asimismo, la divulgación de las obras por medios impresos y electrónicos ha significado una accesibilidad antes imposible (¿podría creerse que quizá el día de mañana este texto aparezca en una página electrónica en la cual cerca de 2 000 historiadores de los cinco continentes tienen un acceso cotidiano?!), y ello ha permitido, además, la ampliación del público lector interesado en estudios sociales que den una explicación de los procesos contemporáneos actuales.

Ante este espectro de posibilidades, a partir de 1999, el grupo Historia a Debate -que como tal podemos situar su origen en 1993, luego del primer Congreso Internacional, celebrado en Santiago de Compostela- divulga a través de la red electrónica los objetivos que como grupo persigue y en ellos adquiere un papel prioritario el ejercicio del debate y la reflexión. El Manifiesto, aparecido en la red el 11 de septiembre de 2001 representa la propuesta historiográfica del grupo del cual emerge y se constituye como un punto de partida en el que la comunidad internacional puede participar por medio del recurso de Internet, una de las herramientas de este mundo globalizado.

Según decía el escritor Eduardo Galeano, no hay posibilidad de cambio sin la premisa de la comprensión de nuestra realidad, esto es, nuestro presente. Favorablemente el análisis de nuestro contexto social, nuestro presente, parece involucrarse más como parte de nuestro compromiso intelectual y hoy en día somos menos remisos a reconocer que la historia es un concepto en construcción. La sociedad, como una compleja categoría de análisis, sólo puede concebirse como un sujeto capaz de percibirse de manera interdisciplinar, sin el objetivismo positivista ni el subjetivismo posmoderno; como advierte el primer punto del Manifiesto “una ciencia con sujeto humano que descubre el pasado conforme lo construye”. La crisis de paradigmas que nos envuelve debe entenderse como un proceso de mutación que confiere a la historia la posibilidad de una necesaria renovación en sus fundamentos científicos y en sus pretensiones de explicar la realidad.

La fragmentación del conocimiento histórico, un síntoma de la posmodernidad, expresa no la aparición de un nuevo paradigma sino el agotamiento de los precedentes, en este sentido Historia a Debate aspira a constituirse en una red de partícipes de un nuevo proyecto historiográfico, proyecto que, planteado en el corpus del presente Manifiesto, refleja su carácter incluyente y alternativo. La actual crisis de paradigmas, que entre otras cosas también refleja una crisis de identidad, no puede pasar desapercibida de la discusión académica universitaria e incluso por higiene intelectual es necesario valorar los alcances y las repercusiones que en nuestra disciplina tiene el acontecer internacional. Absurdo parecería negar que los actos del 11 de septiembre impactaron la conciencia mundial y, con ello, la percepción de los acontecimientos sociales y políticos, afectando a la vez una forma de conciencia histórica. Sin duda, en las investigaciones que sobre el pasado se están desarrollando en este momento quedará implícita una imagen del presente que, a fin de cuentas, condiciona el quehacer del historiador.

El Manifiesto debe considerarse, pues, como una propuesta incluyente; considera un futuro abierto, negando el carácter teleológico de la historia; reconoce la influencia de los paradigmas del positivismo, el marxismo y los Annales, pero se propone superarlos; sostiene además la idea de una historia vinculada al sujeto y defiende un nuevo concepto de la disciplina; propone, a fin de cuentas, una disciplina abierta en sus métodos, rigurosa en sus procedimientos científicos, inteligente en sus argumentaciones y comprometida en sus resultados.

Historia a Debate es un movimiento historiográfico joven, pero en tan sólo 10 años ha logrado reunir a una comunidad virtual de casi 1 700 historiadores que, desde diversas universidades, centros de investigación e instituciones de los cinco continentes, participan activamente de sus encuestas, debates, seminarios, y congresos, permitiendo así un dinámico intercambio de experiencias y reflexiones que han dado forma a un Manifiesto historiográfico que en forma abierta y plural pretende abrir camino en el umbral del nuevo siglo.

Así las cosas, vivimos pues un periodo de crisis, la crisis de la historia, sin embargo, se reconoce como una crisis internacional, una

crisis de valores, política, económica, y cultural. Una crisis que va más allá de la disciplina social. Pero no es una crisis de muerte, se trata -como diría Alain Touraine- de una crisis de parto, el inicio, la eclosión de algo nuevo. Thomas S. Kuhn, reconocido físico y filósofo de la ciencia, atribuía el desarrollo de la ciencia a los cambios paradigmáticos (“revoluciones científicas”). Si Kuhn está en lo cierto, nos situamos en un tiempo de transición, en una singular coyuntura de la que habrá de salir un día un nuevo paradigma que comparta la comunidad científica. ¿Qué mejor oportunidad para la comunidad internacional de historiadores de responsabilizarse de su propio destino? (permítaseme aquí otra cita, la considero pertinente). Esta pregunta la respondería Octavio Paz igual que lo hubiera hecho hace más de cuatro décadas: “Vivimos, como el resto del planeta, una coyuntura decisiva y mortal, huérfanos de pasado y con un futuro por inventar. La Historia universal es ya tarea común. Y nuestro laberinto, el de todos los hombres” (*El laberinto de la soledad*, 1949).

Estamos en la expectativa de un tiempo de mayores certidumbres y en ello, la formación que reciban las nuevas generaciones -ustedes- será vital para construir el tipo de historiografía que deseamos. En efecto, como señala Carlos Barros, a partir del 2010, habrá un importante relevo generacional. En buena medida por causas biológicas, los historiadores que nacieron después de la Segunda Guerra Mundial -entre 1940 y 1950- habrán de ser relevados de sus centros de investigación y docencia. Visto así, “el último servicio que debe prestar una parte de la generación del 68, la más autocrítica y menos arrepentida, antes de desaparecer de los grandes y pequeños puestos de decisión, es hacer de puente para que la nueva generación, que ignora en demasía -y por lo tanto mitifica en exceso- la historia reciente, aprenda de nuestro pasado más inmediato y pueda abrir nuevas avenidas para la historia, que así sea y que el ‘espíritu’ de Marc Bloch nos ayude”

